

El músico

Andrés Ordóñez *

para mi hermano José Miguel

Because I do not hope...

T.S. Eliot

Mil novecientos setenta y dos:
un verano de follajes verdísimos
en una ciudad de adoquines empapados.

A las seis de la tarde, la luz en los cabellos.
Caricia de los años
sobre la piedra y el azul del emplomado.
Agua bautismal de nuestros ojos,
forma nueva de nombrarnos,
de explorar la fisura de los huesos,
la calidad de los marfiles que de pronto se astillaban.

Música de órgano los domingos por la tarde.

Caminar hacia el olor de los inciensos,
en el rincón más apartado seguir las nervaduras
y encontrar el crucero, la clave de la piedra esbelta
que en sus galerías iluminadas guarda su secreto.

Caminar a las seis de la tarde junto a un hijo casi mío
que me observa atento y luego me besa y pregunta
el significado de mis actos.

Música de órgano los domingos por la tarde.

Es mi hijo, pantalón corto y tez muy blanca,
quien me da la mano para subir al tren,
tan verde como el verano,
que nos conducirá a una ciudad empapada de adoquines.

Mil novecientos setenta y dos.
El exilio irremediable:

Los glaciares y, encima, nosotros
en una cabinita del color de mi sangre
pendiendo en el vacío,
mi madre abrazando a mi niño,
yo tendido cuan largo soy
en la existencia de un huérfano
al que no acabo de entender.

Tiempo después veré a mi niño escuchar la música.

Música de órgano.
Música de órgano los domingos.

Pero yo sí volveré.
Me toma de la mano, callo y escucho obediente.
Levanto la vista:

Estoy bajo la clave.

* Poeta. Diplomático adscrito a la embajada de México en Cuba